

ENTREVISTA

Los archivos municipales y la investigación histórica

PABLO FERNANDEZ ALBALADEJO

El donostiarra Pablo Fernández Albaladejo, actualmente catedrático de Historia Moderna en la Universidad Autónoma de Madrid, es de sobra conocido entre nosotros fundamentalmente por su tesis doctoral *La crisis del Antiguo Régimen en Guipúzcoa 1766-1833* (Madrid, Akal, 1975), dirigida por el también donostiarra Miguel Artola, que constituye una obra de consulta obligada para todo aquel que quiera conocer con profundidad la historia de nuestra provincia en esta época.

Pablo Fernández Albaladejo, que en la actualidad trabaja sobre todo en la historia político-institucional de la Monarquía Hispánica en los siglos XVI-XVII, dirige igualmente algunas investigaciones sobre historia de Guipúzcoa. Sus artículos, conferencias y colaboraciones en revistas especializadas son muy numerosas, por lo que citamos a continuación sólo aquéllos que se refieren a tema vasco:

- «A propósito de la diferenciación periférica en el siglo XVIII» (*Anales de Economía*, 1974).
- «Algunos textos sobre la polémica entre libre comercio y Fueros» (*Boletín RSVAP*, 1976).
- «Un memorial sobre el comercio de San Sebastián», *Boletín Estudios Históricos San Sebastián*, 1976).
- «Manuel de Larramendi: la particular historia de Guipúzcoa», (*Saioak*, 1, 1977).
- «Aspectos comerciales de la crisis de 1833 en Guipúzcoa» *Actes du Colloque International d'Etudes Basques* (Bordeaux, 1973). Société des amis du Musée Basque, Bayona, 1978.

– «Guipúzcoa 1839-1868: la recomposición de una sociedad», *Moneda y Crédito*, 1980.

– «Guipúzcoa en el siglo XVIII: algunas consideraciones sobre su más reciente historiografía». *España en el siglo XVIII. Homenaje a Pierre Vilar*, R. López Editor. (Crítica, Barcelona, 1985).

– *Hace ya más de diez años que terminaste tu tesis sobre la crisis de Guipúzcoa en el Antiguo Régimen para cuya realización tuviste que consultar los archivos municipales de muchos pueblos guipuzcoanos y en concreto el de Rentería ¿Recuerdas en qué situación se encontraban en aquella época?*

– En una situación desigual. Mi experiencia se limitó a pueblos relativamente grandes (Fuenterrabía, Hernani, Tolosa y Rentería), y mi impresión es que esa situación era consecuencia de dos procesos: de una parte resultaba evidente la existencia de una labor de ordenación que generalmente había sido realizada en el primer tercio de siglo y, después, la sensación de que aquello se había quedado detenido falto de todo apoyo. El resultado era por eso un tanto paradójico: archivos muy aceptablemente ordenados, con catálogo impreso muchos de ellos, se encontraban ubicados en sitios inaccesibles, nada operativos, cubiertos de algo más que polvo y sin una infraestructura mínima que permitiese la labor de un investigador. Todo dependía en resumen del archivero. Debo decir en este punto, sin ningún tipo de adorno nostálgico, que disfruté de una muy buena acogida por parte de estos funcionarios, a pesar de que mis peticiones y aclaraciones frecuentemente perturbaban su trabajo habitual.

– *¿Crees que ha mejorado algo la situación desde entonces?*

– No podría dar una respuesta fundada porque prácticamente no he vuelto a realizar una investigación tan intensa como entonces. Mi impresión, por contactos que mantengo con otros investigadores y amigos, es que la situación ha empezado a cambiar –para bien– en algunos casos. La cuestión es si va a existir una voluntad de generalizar y mantener este impulso.

– *¿Qué política debería seguirse en este campo pensando en las necesidades de los historiadores?*

– Más que una política a seguir, para lo que sería necesario disponer de otros datos y hablar desde una posición no privada como la mía, yo me limitaría a apuntar algunas sugerencias de sentido común: posibilidad de una cierta flexibilidad de horario, dado el carácter estacional que tiene la actividad del historiador; confección de índices aunque fuesen mecanografiados; rapidez en las peticiones y posibilidad de que puedan ser atendidas por correspondencia... una infraestructuración mínima en definitiva, sin olvidar asimismo la importantísima existencia de

una xerocopiadora. En otro orden de cosas, ya más político si se quiere, no estaría mal dotar de mayores recursos y con una mayor proyección pública a la figura del archivero general de la Provincia, algo que en Guipúzcoa, desde Gorosábel a Múgica, cuenta por otra parte con gran tradición. Podría ejercer una labor de centralización, coordinación y transmisión de información impagable, especialmente para aquellos historiadores que se inician. Su actividad podría resultar así mismo crucial en otras actividades (inversiones, informatización, adquisición de fondos, sistemas de organización) sobre las que ahora no puedo extenderme.

- *¿Crees que los archivos municipales siguen siendo una fuente válida para estudiar nuestra historia?*

- Indudablemente, y Guipúzcoa cuenta en este caso con un formidable capital acumulado a cuya conservación debería dedicarse una particular atención.

- *¿Piensas que tiene interés estudiar la historia a nivel local?*

- Tiene un interés enorme, y de ella pueden obtenerse todavía resultados verdaderamente innovadores, acordes con las nuevas orientaciones que se están produciendo en la disciplina (pienso en este sentido en un reciente trabajo de J. Viejo Yharrasarry sobre «Violencia y comunidad en Hernani en el siglo XVIII» que saldrá próximamente en los *Estudios de Historia Social*). Quizás fuera bueno que en este campo, y especialmente en aquellas monografías que se convocan dotadas de premio, se insistiese, o mejor se exigiese, una cierta incorporación de esta nueva problemática en las investigaciones que resulten premiadas, evitándose, como algunas veces ocurre, que se conviertan en una reiteración del anecdótico local.

- *Después de una verdadera «moda» de la historia económica y de «larga duración» existe una tendencia a reivindicar de nuevo la llamada historia «evenemencial» ¿cómo ves este problema y en concreto su repercusión a nivel de los estudios históricos?*

- Esta es una pregunta compleja. La alusión que haces a «modas» es cierta, y es consecuencia de una forma de entender nuestra práctica profesional que ha sido -y en cierto sentido continúa siendo- dominante. Dentro de este supuesto, el historiador actuaba como un pasajero de un tren más interesado en conocer meticulosamente las características de cada vagón que en atender al tren en el que iba y hacia donde se encaminaba. Las modas no son malas ni buenas, lo malo es instalarse en una de ellas sin saber por qué, diríamos que tan sólo por la aceptación de su propia obviedad, un mecanismo que funcionaba así mismo para la transición de una moda a otra. La historia hecha desde la «larga duración», o la historia de «acontecimientos», o aun la historia de perso-

najes —o mejor de «personalidades»— anónimas (como el caso del molinero italiano estudiado por Guinzburg tan brillantemente) han supuesto avances verdaderamente fundamentales, pero porque quienes mejor la han realizado eran muy conscientes de lo que buscaban. Al historiador debe interesarle siempre lo que una moda aporta en relación a lo que podríamos considerar como sus supuestos fundamentales: reconocer y diferenciar los sistemas sociales del pasado y estar en condiciones de recomponer su lógica interna, la suya, no la nuestra.